

LA BALADA DE SANBORNS

A poco nunca te han plantado en Sanborns
plantado, mas danzante
 es lindo:
 en la mesa catorce
 la damita de la mascada
 no puede mascar sin escupir
 trivialidades.
 En la mesa nueve
 el del bigote ya se va:
 Lo espera el sindicato de síndicos
 de la comisión rectora
 de su rechingada madre.
 El mantel no huele a pólvora
 pese a que alguien olvidó *La Jornada*.

Pides tu sopa de verdura,
 “sin brócoli, por favor”.
 Pides arrachera marinada bien cocida
 —o comerás crudo Lévi-Strauss—,
 pides salsa pico de gallo
 para cacarear más totopos,
 pides verdes soles metafísicos.
 Y ante el rostro hierático
 pides limones mientras explicas
 sol en rebanadas acitrolumínicas.

Y ya puestos a pedir,
 pides una ciudad con puerto,
 un flan de la casa que no hay,
 una bicicleta entre canales,
 un tehuacán con hielos,
 ninfas de vapores traslúcidos.

Y te traen la cuenta
 que hay que pagar en caja:
 “¿Lo atendieron bien, señor?”
 Y con un do del altiplano replicas:
 “Espléndido, bravo, perfecto.”

El SMS de tu Nokia añoso
 es un epitafio sideral.
 No tenemos nada de que hablar,
 d q hablar d k avlar.

Y la soledad se instala en tu Talavera.
 Te taladra el hipotálamo tehuano,
 activa la trompeta apocalíptica
 de los osos de peluche chinos
 del departamento de regalos.
 (Prefiero mil veces Juguetilandia,
 la Mercería del Refugio tiene
 una mejor relación calidad-precio.)



Foto: Archivo Casasola

Ya de salida, ves revistas de moda
 (la marquesita salió a las cinco,
 Salma las tiene de opereta),
 libros de autoayuda
 (tendré más éxito que fortuna)
 y tu signo zodiacal
 (la destrucción creativa
 de mi acuario babilónico
 es un mono hiperquinético en Oriente);
 tras pesarte,
 mides tu índice de masa corporal
 y asumes que la máquina está mal calibrada,
 que tus huesos son muy anchos,
 que la culpa es de la ancestral butifarra.
 Slim es un filántropo al que le donas
 otros cinco pesos para saber
 tu presión arterial:
 te asusta que tu mínima disatólica
 ¿disatólica?, diastólica, pinche disléxico,
 rebasa tu máxima sistólica ideal
 (para utopías estoy yo).

En el baño, reservado a los clientes,
 con la familia Casasola entre las rodillas,
 le guiñas un ojo a un zapatista azorado
 a punto de tomarse su atole 30-30
 en el famoso *idem* de los azulejos
 (circa diciembre de 1914). —

— RICARDO CAYUELA GALLY